

Sociedad de la Alianza.

113

Señor :

Hace diez y siete meses que se estableció en esta ciudad una corporación que se denominó la "Alianza," con el único y exclusivo fin de traer á ella á los artesanos de todos los partidos, quitando así á la guerra su principal combustible, y procurando, unidos, arbitrar recursos para socorrerse mutuamente. Esta sociedad ha tenido, como tiene toda empresa heráica, muchos obstáculos, inmensos tropiezos, y no pocos enemigos; ha tenido sus días de progreso y de decadencia, y se le ha visto crecer y decrecer, sosteniéndose, empero, la idea, y luchando con las aberraciones de todos los bandos. Hoy se encuentra fuerte, gracias á los sucesos que han llevado á la conciencia de muchos la convicción de que es preciso estar unidos para atenuar un tanto el malestar que nos amenaza. Ochoientos obreros cuenta en su seno dispuestos á luchar por la paz, á no vivir sino del trabajo, á sostener las autoridades legalmente constituidas, y respetar y sostener todo derecho y toda libertad que emanan de las leyes.

La Sociedad cuenta con el apoyo moral de todos los hombres honrados que conocen cuánto vale la idea de separar de la política el respetable cuerpo de artesanos; pero le falta apoyo material, pues con el que cuenta es escaso, y por esto ha resuelto la Junta directiva, en su sesión del 4 del presente, dirigirse á las personas mas caracterizadas del clero, el comercio y los hacendados, nombrándolos miembros protectores de la Sociedad.

La ocasión es propicia y tal vez no vuelva. Todos los hombres honrados deben apoyarnos; solo los aspirantes á destinos, los políticos de mala ley; los que viven del ocio, los gariteros, los parásitos en fin, son nuestros enemigos. Necesitamos confianza y paz para que haya trabajo y prosperidad; y si la sancion de las altas clases sociales no nos favorece, entónces dejaremos la idea de union porque nos habremos convenido de que es imposible llevarla á cabo.

Proprietarios! ha mucho tiempo que vuestros caudales sirven de tormento y quitan el sueño á los descamisados de todos los partidos; y unos y otros han suspirado alternativamente por enriquecerse, no con el trabajo porque lo detestan, sino á la sombra de la política y con los despojos de sus primeras víctimas, que sois vosotros. ¿Queréis dejar sin acción esa maldecida plaga que, á semejanza de los zánganos, quiere vivir en la gran colmena de la sociedad, corrompiendo con su mal ejemplo á los incautos, para arrancar á la industria y las artes los brazos que ayudan á favorecerlas é impulsarlas? Proteged, auxiliad, defended la Alianza.

Sacerdotes! Vosotros tenéis la influencia de la palabra que cae de lo alto sobre las inteligencias, como la lluvia en un campo fertilizado: ¿queréis llenar cumplidamente el inmenso encargo transmitido por el Pescador hace diez y ocho siglos, y que los pueblos os traten con la veneración y el respeto que se debe á la grandeza de vuestro ministerio? Predicad la union, condenad los partidos, sostened la Alianza.

Comerciantes! ¿queréis que vuestra profesion tenga movimiento, que los pagarés no duerman en las carteras, que no se pierda el tiempo lastimosamente sin poder vencer ni el equivalente del rédito del almacen; queréis que se restablezca la confianza; queréis conservar vuestra bien adquirida fortuna y que vuestras propiedades no sean objeto de codicia y de expropiacion? Apoyad la Alianza.

Hacendados! ¿no estais cansados de trabajar constantemente para ver el fruto de vuestros sudores arrebatado por el huracan

de la guerra que todo lo aniquila y lo destruye todo? Quereis que vuestras ganadas, vuestras sementeras, vuestra fortuna, en fin, no esté á merced del primer aventurero que con barniz de autoridad quiera arrebatarosla? Prestad vuestro apoyo a la Alianza.

Publicistas y escritores! vosotros sois los heraldos del progreso, sois la antorcha que ilumina el escabroso sendero de la ciencia: toda sociedad civilizada respeta el sacerdocio de la prensa. Pois, como ha dicho un grande escritor, los ángeles que hacen resonar sus trompetas llamando á juicio á la Nacion. No aticeis el fuego de los rencores de partido; condenad los odios; extinguid los abusos; defended el trabajo; iniciad mejoras materiales. Hace veinte años que la desmoralizacion está aglomerándose en un inmenso depósito; y el dia que rompa sus diques, vosotros seréis los primeros que arrastre el torrente. Vosotros podeis hablar tan alto cuanto sea preciso para que os escuchen todas las clases; y ayudar al pueblo á luchar contra la miseria que invade sus hogares. La paz y la confianza son el único elemento que conjurar puede la tempestad que amenaza.

Bogotá, 4 de febrero de 1868.

El Presidente,
Saturnino González.

El Vicepresidente,
Antonio Cárdenas V.

El Secretario,
José L. Camacho.

Juan de M. Cáceres—Mariano Diaz—Manuel de J. Barrera—B. Hernández—Ramon Jiménez—Ambrosio López—Félix Izasa—Rafael Tapia—Ignacio Gutiérrez—Dionisio Soto—Francisco Olaya—Agustin Rójas—Camilo Vázquez—Vicente Tórres—Daniel Bouda—Fulgencio Roa.